



Domingo 31 del T.O: El mayor de los mandamientos.

## LECTURAS

### Lectura del libro del Deuteronomio 6, 2-6

Habló Moisés al pueblo y le dijo:

-Teme al Señor tu Dios, guardando todos los mandatos y preceptos que te manda, tú, tus hijos y tus nietos, mientras viváis; así prolongarás tu vida. Escúchalo, Israel, y ponlo por obra para que te vaya bien y crezcas en número. Ya te dijo el Señor Dios de tus padres: «Es una tierra que mana leche y miel.»

Escucha Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas.

Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria; se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales.

Palabra de Dios

### SALMO Sal 17, 2-3a. 3b-4. 47 y 51ab (R.: 2)

**R/.** Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza.

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza,  
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.  
Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,  
mi fuerza salvadora, mi baluarte. **R/.**

Invoco al Señor de mi alabanza  
y quedo libre de mis enemigos. **R/.**

Viva el Señor, bendita sea mi Roca,  
sea ensalzado mi Dios y Salvador.  
Tú diste gran victoria a tu rey,  
tuviste misericordia de tu Ungido. **R/.**

### Lectura de la carta a los Hebreos 7, 23-28

Hermanos: Muchos sacerdotes se fueron sucediendo, porque la muerte les impedía permanecer en su cargo. Pero Jesús, como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa; de ahí que pueda salvar definitivamente a los que por medio de él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder en su favor. Y tal convenía que fuese nuestro Pontífice: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. El no necesita ofrecer sacrificios cada día - como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo-, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

En efecto, la ley hace a los hombres sacerdotes llenos de debilidades. En cambio, las palabras del juramento, posterior a la ley, consagran al Hijo, perfecto para siempre.

Palabra de Dio



**Domingo 31 del T.O:** El mayor de los mandamientos.

### **Lectura del santo Evangelio según san Marcos 12, 28b-34**

En aquel tiempo, un letrado se acercó a Jesús y le preguntó:

-¿Qué mandamiento es el primero de todo?

Respondió Jesús:

-El primero es: «Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.» El segundo es éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» No hay mandamiento mayor que éstos.

El letrado replicó:

-Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús, viendo que había respondido sensatamente le dijo:

-No estás lejos del Reino de Dios.

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Palabra del Señor



**Domingo 31 del T.O:** El mayor de los mandamientos.

## HOMILÍA

*La cuestión sobre el primer mandamiento era comprensible en un sistema religioso que contabilizaba los preceptos por centenares.*

*Y Jesús no simplifica la ley, reduciendo la extensión de su obligatoriedad; la profundiza centrando su sentido en el amor total a Dios y en el amor al prójimo como a uno mismo; no reduce sus exigencias a unas pocas, las profundiza haciendo a todas expresión de ese doble amor.*

*En ambos casos, el precepto crea una deuda permanente; quien lo cumple, no está liberado de tener que cumplirlo de nuevo. Pero lo decisivo es que no se puede distinguir entre los dos preceptos, ni puede saldarse una sola de las dos deudas de amor. El mejor culto a Dios pasa, pues, por el cultivo de la fraternidad; entenderlo así nos acerca al Reino; practicarlo implicaría convertirnos ya en sus ciudadanos.*

*La pregunta que el escriba dirigió a Jesús puede que hoy nos resulte extraña; ¿cómo es posible que un hombre sabio y piadoso no supiera cuál era el primer mandamiento de la ley?*

*Jesús, en cambio, no encontró en ella nada de sorprendente ni, menos aún, tomó a mal el que se lo preguntaran. Y es que la situación de entonces difería mucho de la nuestra; en tiempos de Jesús los hombres estaban realmente preocupados por cumplir la voluntad de Dios en toda su amplitud.*

*Aparentemente, la respuesta de Jesús no contenía nada de extraordinario, al escriba le resultó satisfactoria y a su vez Jesús reconoció que su interlocutor no estaba lejos del Reino de Dios; querer cumplir con Dios, acertando en lo más importante, es vivir en su cercanía.*

*Y nosotros, ¿estamos también cerca del Reino? ¿O no nos atrevemos ya, como cuantos asistieron al diálogo, a seguir preguntando a Jesús, porque tememos su respuesta? Y es que, a pesar de su sencillez, la respuesta de Jesús nos pone en aprietos.*

*Aunque a Jesús se le preguntó por el primer mandamiento, Él respondió con dos: el amor exclusivo a Dios y el amor al prójimo como si fueran uno mismo. La ley de Dios quedó así resumida en el amor debido a Dios, lo que es lógico para todo creyente, y en un amor al prójimo que iguale el que nos tenemos cada uno, lo cual es excesivo para cualquiera de nosotros.*

*Nos pone ciertamente en aprieto tener que aceptar que la voluntad de Dios exige de nosotros, antes que nada, más que otra cosa, amor, a Dios y a los hermanos; es decir, la obediencia que le debemos no se salda tanto haciendo lo que se nos manda o evitando lo que se nos prohíbe, sino amando.*

*Quien desee situarse cerca de Dios y de su reinado deberá amar más que obedecer, o mejor, le obedecerá porque le ama primero. Cuando reconozcamos que los mandamientos de Dios, cualesquiera que éstos sean y a pesar de lo que nos cueste el cumplirlos, son en realidad la deuda de amor que mantenemos con Él, nos resultará más fácil observarlos, y nos sentiremos más cerca de su reino. Nos cuesta tanto hacer la voluntad de Dios, porque no le amamos suficientemente; nos da la impresión de que son demasiadas sus exigencias, que sus normas abarcan toda nuestra vida, lo que debemos hacer y cuanto debemos pensar, porque es muy escaso el amor que le tenemos. Si cayéramos en la cuenta de que, en definitiva, lo único que pide, que exige, que espera Dios de nosotros, es amor efectivo a Él y amor eficaz para con el prójimo, nos resultaría mucho más fácil observar todos los mandamientos. Lo que Dios quiere de nosotros es muestra y prueba de cuánto nos quiere; como el buen padre, nos manda lo que quiere porque nos quiere.*

*Concentrando toda la ley de Dios en el precepto del amor a Dios, Jesús no nos ha facilitado la obediencia, Sigue poniéndonos en aprieto tener que amar a Dios sólo y con todas nuestras fuerzas.*

*¿Cómo creerse que se ha cumplido con la deuda de amor que tenemos con un Dios al que hay que amar en exclusiva y con toda nuestra persona, con lo que somos y queremos, con lo que pensamos y en cuanto sentimos? ¿Quién podrá ilusionarse algún día con haber amado sólo a Dios y con todo su ser, siempre?*

*Saber que ese es el primer mandamiento supone reconocer que todavía no hemos satisfecho con plenitud tal exigencia.*



## **Domingo 31 del T.O:** El mayor de los mandamientos.

*Y es que la exigencia de amor es la única que el hombre jamás dejará cumplida y, por tanto, nunca se librará de ella; el amor que se tiene es un amor que siempre se mantiene en deuda; los otros mandatos de Dios, por difíciles que sean, pueden ser obedecidos, al menos en ciertas ocasiones; pero el amor que a Dios debemos nos mantiene siempre endeudados con Él.*

*Por eso, ése es el primer mandamiento suyo. Imponiéndonos su amor, nos ha impuesto un deber, imposible de cumplir a la perfección, pero que siempre podemos intentar de nuevo; por más, por mejor, que amemos a Dios, siempre estaremos con él en deuda de amor. Al menos así, no nos libramos de Dios; sin lograr saldar la deuda, siempre nos sentiremos en la obligación de intentarlo. Nuestro esfuerzo por obedecer su mandato será nuestro mejor modo de mostrarle nuestro cariño de hijos.*

*El amor exclusivo a Dios tiene además un complemento en el amor al prójimo como a uno mismo. Jesús reconoce que lo primero es amar a Dios, pero añade a renglón seguido que el otro mandamiento mayor, muy semejante al primero, es el amor al prójimo. Dios quiere que se le ame en exclusiva, no soporta otros amores que no sean Él en el corazón de los suyos; y, precisamente por ello, manda que amemos a los demás con el mismo amor que nosotros nos tenemos. El único amor, pues, que Dios soporta en sus fieles es el amor a su prójimo.*

*El Dios de Jesús no desea encontrar en nuestras vidas, en nuestras mentes, en nuestro corazón, personas o cosas que ocupen su lugar; pero nos obliga a que el prójimo ocupe el lugar que tenemos nosotros mismos en nuestro corazón.*

*El Dios que quiere ser nuestro amado en exclusiva no se siente celoso si amamos a nuestros hermanos. Sólo quien ama a Dios sobre todas las cosas y con todo su corazón podrá poner al prójimo en el centro de sus preocupaciones.*

*Necesitamos amar a Dios, con todas nuestras fuerzas, para poder amar al prójimo como nosotros nos amamos; de hecho, y tal es la experiencia cotidiana, cuanto menos amamos a Dios tanto más odiamos a quienes nos están cercanos; el amor a nuestro prójimo es la medida de nuestro amor a Dios.*

*Vamos a pedir hoy al Señor, que podamos sentirnos amado por Él, para que nos sea posible a nosotros, sintiendo su amor, amarlo también y por ese amor, ser capaces de amar a nuestros hermanos como a nosotros mismos.*

*Que María, nuestra madre, nos ayude en nuestro camino.*



## RECURSOS

### Nexo entre las lecturas

La liturgia en la conmemoración de los fieles difuntos canta la victoria de Cristo y del cristiano sobre la muerte. En efecto, en la segunda lectura san Pablo dice a los romanos que Cristo murió por nosotros y de esa manera, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la ira, es decir, venceremos con Cristo el pecado y la muerte. A esta victoria alude Isaías (primera lectura) cuando enseña que el mismo Dios: "Vencerá la muerte definitivamente, y enjugará las lágrimas y el llanto". El cristiano recibe de su Señor y Maestro el alimento que ya en esta tierra es alimento de vida eterna: la eucaristía pan de vida, anticipación de la vida con Dios después de la muerte (evangelio).

### Mensaje doctrinal

1. La muerte ha sido vencida. La realidad más dramática de la existencia humana es tener que morir, teniendo en el alma sed de inmortalidad. Esa muerte no es sólo dramática, es también en no pocas ocasiones absurda, cuando viene segada una vida joven y prometedora, cuando a pagar el salario a la muerte es una vida inocente, cuando la muerte llega inesperada, cuando troncha un porvenir magnífico, cuando crea un agudo problema en la familia, cuando... El dramatismo y la absurdez aumentan cuando se carece de fe o ésta es mortecina, casi completamente apagada. En este caso, todo se derrumba, porque se vive como quien no tiene esperanza. En ese caso, la muerte lleva en su mano la palma de la victoria y la vida termina bajo la losa de un sepulcro, dejando a los vivos en la desesperación y en la angustia sin sentido. La fe cristiana, en cambio, nos dice que la muerte es un túnel negro que termina en un nuevo mundo de luz y de vida esplendorosas. Nos dice que la muerte es ciertamente una pérdida, por parte de quien se va (pierde su relación con el mundo) y por parte de quien se queda (pierde un ser querido), pero una pérdida que Dios es capaz de transformar, de forma a nosotros desconocida, en ganancia, porque la muerte del hombre como en el caso de la crisálida desemboca en vida. En Cristo resucitado, vencedor de la muerte, todos hemos ya comenzado, en cierta manera, a vencer la muerte mediante la participación en su resurrección.

2. Eucaristía y vida. El cristiano, como cualquier otro ser humano, siente día a día el paso del tiempo sobre su cuerpo, el acercarse del encuentro definitivo con la realidad de la muerte, la llamada constante de la tierra. El cristiano no está exento de todo lo que eso significa existencialmente para todo hombre, en su unidad psicosomática. Mientras se va acercando al atardecer de la vida, el cristiano experimenta, sin embargo, a un nivel profundo la llamada de la vida divina, la voz del Padre que le dice: ¡Ven! Esta experiencia se hace, sin lugar a duda, en la oración personal en que cada uno habla de corazón a corazón con el Padre que llama, con el Hijo que salva, con el Espíritu que vivifica. Esta experiencia se profundiza en la recepción del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en la Eucaristía. Porque el cristiano, cuando come del pan y bebe del cáliz, recibe a Cristo vivo, en su humanidad y en su divinidad, prenda y anticipación de la gloria del cielo. Y porque, cada vez que se celebra la Eucaristía se realiza la obra de nuestra redención y "partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto no para morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre"(S. Ignacio de Antioquía, Eph 20, 2), como nos recuerda el Catecismo (CIC 1405). El ansia de inmortalidad y de vida eterna que anida en cada uno de los hombres y mujeres del planeta viene satisfecha, lenta pero de modo continuo y eficaz, por la extraordinaria experiencia de vida nueva que va apoderándose del hombre al contacto frecuente con la Eucaristía. Con la Eucaristía bien recibida va creciendo en el hombre la vida, la vida nueva de Cristo resucitado y glorioso en el cielo.



**Domingo 31 del T.O:** El mayor de los mandamientos.

### **Sugerencias pastorales**

1. La virtud de la esperanza. Esperar es desear aquello que todavía no se posee. Y está pidiendo entregarse con toda el alma a conseguirlo lo antes posible. Existe la esperanza humana con un horizonte puramente temporal. El estudiante espera obtener buenas calificaciones en los exámenes; el joven espera casarse y formar una hermosa familia; el enfermo espera recuperarse prontamente, mientras el sano espera no enfermar; el marinero espera llegar a casa y abrazar a su esposa y a sus hijos; el misionero espera poder construir una iglesia para sus fieles desprovistos de ella; el sacerdote espera que se llene su parroquia en todas las misas del domingo, etcétera. Estas esperanzas humanas, buenas y perfectamente legítimas, Dios las completa en los cristianos concediéndonos la virtud teologal de la esperanza. Esta esperanza cristiana tiene su meta principal y definitiva en el cielo, a donde todos esperamos llegar con la ayuda de Dios, al terminar nuestra vida terrena. Pero la esperanza cristiana tiene también sus metas parciales, más pequeñas, y que están ordenadas a la última meta. Por ejemplo, la esperanza del niño de hacer la primera comunión o la de la joven novicia por hacer la profesión religiosa; el esfuerzo y la esperanza de un párroco para que sus parroquianos vayan a misa los domingos, o la esperanza de una catequista de que sus alumnos asimilen bien la fe y la vida cristiana, etcétera. Tengamos por seguro que la esperanza, cuando es auténtica, cuando Dios nos la infunde, no engaña jamás ni decepciona a quien en ella pone su confianza.

2. La muerte no es lo peor. Quien no tiene fe puede fácilmente pensar que la muerte es el mayor mal, porque con ella se vuelve a la nada, al mundo del no ser. El buen cristiano mira a la muerte con otros ojos, porque la muerte no es el aniquilamiento del ser sino la puerta para un nuevo modo de ser y de vivir para siempre. Los cementerios cristianos no son sólo lugares del recuerdo, son sobre todo lugares de esperanza, lugares desde los que sube hasta Dios el anhelo de eternidad de los hombres. Por eso la muerte no es el peor de los males, ni mucho menos el mal absoluto. El mayor mal del hombre es el pecado, es el mal uso de la libertad, es la voluntad de rechazar a Dios ahora en el tiempo y luego para siempre en el más allá. Los mártires son esos hombres que con su vida y su muerte nos están diciendo que vale la pena morir para no pecar, para no ofender a Dios y a nuestra vocación cristiana. Por eso, los mártires tienen que tener un lugar mayor en la educación cristiana de los niños y de los jóvenes. Ellos con su muerte por la fe nos están gritando que la muerte no es lo peor ni tiene la última palabra. Cristo, el Viviente, nos espera con los brazos abiertos del otro lado de la frontera.